

tro Instituto Nacional del Libro, que se avalora con un apéndice, en el que se recogen los trámites más usuales de la industria y el comercio del libro.

El libro, muy manojero, cumple un eficaz servicio, por el que es preciso felicitar ampliamente al Instituto Nacional del Libro Español.

S.

"ORIGEN Y APOGEO DEL GENERO CHICO",

por JOSE DELEITO PIÑUELAS.—
Editorial "Revista de Occidente".—Ma-
drid, 1949.

En el archivo de los más lejanos recuerdos infantiles, hay en lo alto de un mueble un rimero de revistas antiguas ojeadas, aun sin saber leer sus pies, en tardes de vacaciones. Damas con trajes caprichosos, caballeros con levita y hongo, con barba negra o blanca; heroínas y héroes sobre las páginas de aquellos periódicos ilustrados cuyo nombre ya pasó como pasaron el de las señoras, muchachas y galanes de las imágenes referidas.

Con ritmo de vals y de polka, con el dulce son de la mazurka y el vivo y jarandoso del pasodoble, van tomando aire formal y tangible entre las neblinas del pasado aquellas figuras que al morir del XIX, de aquel tremendamente encantador siglo de las luces, lucían su belleza, su apostura, su gracia y su donaire por los escenarios madrileños.

Por aquellos teatritos de Variedades y del Príncipe Alfonso, de Recoletos, que la piqueta nos dejó sin conocer; por el escenario de Apolo, el nunca bastante llorado; de la Zarzuela o de Eslava.

Las actrices y los «graciosos», las características y los galanes, los «barbas» y las coristas vienen hoy a tomar un lugar, surgiendo del pasado, que alcanzamos a ver en un inmenso telón de periódicos y revistas muertas con fondo musical de gramófono de bocina y conversaciones de sobremesa familiar.

Era aquel teatro fin de siglo algo que sigue tan vivo y tan pimpante como en sus mejores horas, como en aquellas de la alta madrugada, la de la «cuarta de Apolo», tan prieta de recuerdos sentimentales para los que andan ya por altas edades. Los años últimos de nuestro siglo XIX dieron luz y brillo al género chico, que en él nace y en sus años finales cobra un máximo apogeo, en el que se mantiene, para ir luego decreciendo, atropellado por otros géneros

más chicos en todos los sentidos del vocablo, en los comienzos de nuestro siglo xx.

Todo el género chico, desde su nacimiento a los días de su gloria, se encuentra ahora puntualmente reseñado en este libro de Deleito Piñuela, que viene a evocarnos tantas cosas ya lejanas y dormidas. El historiador de la España de Felipe IV, sin duda alguna su historiador más enterado, lo es ahora del fin de siglo madrileño. Sus teatros pequeños y grandes vuelven a vivir horas esplendorosas, y suenan las músicas y los cantables, atruenan los aplausos las salas. Es algo realmente encantador oír a la Segura y a la Brú, a la Pretel y a la Pino, ver la belleza de Sofía Romero, escuchar las gracias de Carreras y Mesejo.

Tiene tal fuerza de evocación en su pluma Deleito Piñuela, que creemos encontrarnos en el palco de los chicos del Veloz o en una butaca sin dejar los gemelos clavados en el cuerpo de baile. Creemos estar en el estreno de «La Verbena» o de «La Revoltosa», de «La Gran Vía», de «La Tempranica», de «Agua, azucarillos y aguardiente» o de «El señor Joaquín».

La música alegre que tantas veces oímos suena como nunca, y las frases y los chistes que están hoy en boca de tantas gentes incorporados al acervo común de las frases hechas y las gracias eternas nos suenan con un aire de juventud en los labios de aquellos que las dijeron por vez primera.

Si hay libros que requieren urgencia en su lectura y otros que exigen un clima de reposo y evocación, el de Deleito Piñuela es de estos últimos. Es un libro para leer despacio y comentarlo luego; un libro tan cargado de recuerdos, de estampas y perfiles, con tantas cosas bellas y gratas, que se nos hace muy triste ver cómo pasan los años y nos acercamos a la muerte del volumen, que es la de ese género chico que fué luz y alegría del teatro español del alegre y encantador siglo XIX.

La edición, primorosa.

JUAN SAMPELAYO.